

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas  
Suscripción: España un trimestre . . 1'00 »  
» Extranjero » . . 1'50 »

## LA HUELGA DE FERROVIARIOS

### ¡VIVA LA INDISCIPLINA!

La huelga iniciada por los ferroviarios de la Red Catalana, y actualmente extendida a otras muchas líneas, ha causado asombro a burgueses y obreros. A los primeros, porque en su mediocre inteligencia creían que esto de las huelgas, era cosa de cuatro desarrapados faltos de instrucción, y a ella no apelarían nunca los obreros de la clase de empleados; a los segundos, porque desconfiaban de que una entidad cuya mayoría de socios eran nuevos en las luchas societarias, de que unos hombres que durante tantos años han soportado la esclavitud de una Compañía que había encerrado a sus siervos en un círculo de hierro, hicieran el derroche de energía y el alarde de solidaridad de que han dado patente prueba.

Como decíamos en el número anterior, la Compañía creyó que podía apretar cuanto quisiera los tornillos de la explotación y les recargó las horas de trabajo como contestación a las bases que el Comité Nacional les había presentado. Los obreros y empleados sintieron el latigazo que esto significaba y, en un magnífico gesto de dignidad, recorriendo al Alcalde de Móstoles, que declaró la guerra a Napoleón, en una exaltación de amor patriótico, ellos también en un momento de exaltación, se sintieron émulo de Espartaco y declararon la guerra a la insaciable Compañía que reparte a sus accionistas crecidos dividendos, mientras retribuye con sueldos irrisorios a los esclavos que la enriquecen.

Y poseídos de la razón que les asistía, al ver que el Comité Nacional de Unión Ferroviaria, no velaba por la dignidad de sus representados, recabaron su independencia, y con un sentido práctico de la realidad, hicieron suyas las reclamaciones de carácter general acordadas en el reciente Congreso Ferroviario.

Esta actitud provocó las iras de los directores, que casi amenazaron con las penas del infierno a los que no quisieran cumplir la máxima cristiana, que dice que cuando se recibe una bofetada en una cara

hay que poner la otra; pero los ferroviarios, entendiendo que la disciplina es propia de hombres castrados, se declararon en abierta rebeldía contra el Comité Nacional, entendiéndose directamente con la Compañía explotadora.

Nuestros lectores saben ya a qué procedimiento apeló el Comité para que prevaleciera su autoridad. Todo fué inútil. Los obreros y empleados de la Red Catalana estaban decididos a no soportar la burla que representaba el aumento de la jornada y haciendo comparaciones entre lo que significa la dignidad y la disciplina, sacaron la consecuencia de que la primera enaltece y la segunda denigra y se indisciplinaron.

Es muy significativo que un partido como el socialista, que se llama revolucionario, apele con tanta frecuencia a la disciplina.

Los ferroviarios pusieron en juego todos los medios e hicieron toda clase de gestiones para evitar la huelga. Hasta hicieron importantísimas transacciones; pero la avaricia de la Compañía y su soberbia imposibilitaron todo arreglo.

Fieles, pues, a sus propósitos, los obreros recurrieron a la huelga; de su importancia, así como del espíritu que anima no sólo a los huelguistas sino a todos los ferroviarios españoles, nos ocupamos en otro lugar.

El actual movimiento ferroviario ha despertado generales simpatías en el proletariado y su importancia dará lugar a grandes complicaciones si el Gobierno no se incauta de las líneas en vista del conflicto a que le lleva la avaricia de las Compañías.

Estamos seguros de que si continúa el actual entusiasmo es indudable el triunfo de nuestros compañeros de explotación. Y todo ello será debido a un acto de disciplina que ocasionará dos ventajas: abatir el orgullo de la burguesía y terminar con la nefasta influencia del partido socialista en el proletariado organizado para la lucha económica.

### Una observación

Cuando hace dos años los albañiles madrileños sostuvieron la gran huelga, púsose de manifiesto la escasa eficacia de la caja de resistencia, es decir, de la solidaridad en metálico.

Medio millón de pesetas recaudado céntimo a céntimo por los trabajadores españoles que sufren la influencia socialista de Madrid, y reunido en la caja de la sociedad madrileña «El Trabajo», se perdió en dos meses sin ventaja apreciable.

En la actual huelga ferroviaria catalana, en la semana transcurrida hasta el momento en que escribo, sin acordarse para nada de la caja de resistencia, se habla en Barcelona de solidaridad en su amplio sentido de contribuir a una obra común con el pensamiento, con la pasión y con la acción de cada trabajador en ella interesado.

Para la obra emancipadora, en Madrid se pide dinero, en Barcelona se pide y se da la vida.

Sencilla diferencia de método. He ahí los rasgos característicos que separan, no dos regiones geográficas, no dos tendencias racistas, sino la verdad de la mentira.

Nada tienen que ver aquí catalanistas ni castellanistas, braquicéfalos o dollicocéfalos. Para el caso nada vale lo que digan burgueses u obreros aburguesados que acatan las soflamas de Cambó, Canalejas, Melquiades, Lerroux o Paulino. Lo interesante es lo que piensan y lo que hacen los trabajadores que por sí mismos laboran por su emancipación, o los que para moverse tienen la preocupación de crear necesarios costosos e inútiles andadores.

Se trata de la herencia de La Internacional, de su ideal emancipador, conservados en Barcelona en su pureza primitiva y adoptados en Madrid con impurezas desviadoras.

En Madrid se impone reglamentación, disciplina, expedienteo, y se pide dinero y obediencia.

En Barcelona se siente y se comprende la dignidad obrera, se mancomunan los obreros para la mejora parcial orientada hacia la emancipación total, y no se sujeta la energía individual a la estrecha medida de un elegido que, por mucho que valga individualmente, siempre valdrá infinitamente menos que lo que valgan sus electores.

En Madrid halló ambiente a propósito el autoritarismo socialista de Marx, que la burguesía cultiva y favorece con elogios y complicidades.

En Barcelona prendió la idea libertaria de Bakounine, que mandarineros y burgueses persiguen con encarnizamiento.

Así se explica el vistoso aspecto de la Unión General de Trabajadores con su burocracia y su inutilidad para fines emancipadores, y la actual desorganización obrera sindicalista tras la disolución Confederación Nacional del Trabajo.

Los resultados se verán a la postre.

Por lo pronto, el socialismo madrileño, convertido en partido político y conjungido con un partido burgués, no progresa, ni siquiera se estaciona, reacciona con objeto de lograr un régimen político semejante al establecido en otras naciones en donde se explota y tiraniza al trabajador igual que en España, en que la propiedad y la acesión originan y conservan la división de pobres y ricos.

En tanto que el sindicalismo ambiente en Barcelona,—a pesar de la desorganización aparente e impuesta arbitrariamente,—saturado de buen sentido, se organiza espontáneamente, y en un momento adquiere poder suficiente para hacer frente a una potencia capitalista.

¡Cuán verdad es que por sus frutos se conoce el árbol!

Tengan en cuenta estas breves y verdicas indicaciones cuantos se esfuerzan por hallar la verdad entre el laberinto de la información periodística acerca de la huelga ferroviaria, y las idas y venidas de comisionados, representaciones, entidades económicas, autoridades, regimientos, escuadrones y barcos de guerra.

Aprendan además los trabajadores que la reglamentación, no la organización, es un hábil recurso, una especie de portazgo puesto en el camino de la emancipación para exigir cuotas sobre las que se elevan los mal avenidos con la igualdad, y también que el derecho a la emancipación no se compra con el pago de diezmos ni primicias. Esperemos a ver qué resulta del conflicto del día, destinado quizá a constituir importante acontecimiento histórico.

ANSELMO LORENZO

### Esbozo sobre la actual lucha ferroviaria

Barrio y Cordoncillo, presidente y secretario, respectivamente, del Comité Central de la U. F. E. han demostrado una crasa ignorancia, por no decir mala fe, de lo que se traen entre manos. Su misión en el actual conflicto ferroviario ha sido de perfectos ministeriales, coincidiendo en un todo con el presidente del Consejo de ministros

señor Canalejas, al tratar de abogar el movimiento, negando toda solidaridad a la Sección Catalana en lucha, mediante coacción a las demás secciones ferroviarias españolas para que éstas no prestaran calor a las peticiones de la U. F. catalana. Pero, como vulgarmente se dice, la criada da el salido respondona, poniendo la S. C. a pesar de los trabajos de zapa del Comité madrileño, el «cascabel al gato» tal y como prometieron en el memorable Congreso ferroviario celebrado a poco en Madrid.

«Zapatero, a tus zapatos», podemos repetir en vista del fracaso de ese Comité que desconoce completamente el sentir de sus asociados, puesto que su parecer y proceder, en el presente conflicto, han estado en pugna con el común sentir, como lo demuestra la simpatía con que la opinión general ha acogido la huelga desarrollada por los ferroviarios catalanes y la solidaridad prestada por los de Zaragoza y otros puntos al movimiento que da con la badila en los nudillos del sudoroso Comité, que está hundiendo por momentos ante las protestas de indignación que, por su insolitud y desacuerdo, recibe de todas partes, incluso de los mismos ferroviarios madrileños, avergonzados de la indefensión en que deja el Comité a los luchadores catalanes.

Y es que esos señores del Comité Central no comprenden ni pueden sentir las necesidades de sus asociados: primero, porque no siendo de su profesión, están exentos de sufrir las vicisitudes y calamidades inherentes a todo trabajo ejercido a la intemperie y de suma responsabilidad como es el de ferrocarriles, y, segundo, por el estrecho criterio que poseen los señores socialistas al juzgar las luchas de dignidad, puesto que ya sabemos que ellos sólo son partidarios de las grandes organizaciones con cuota doble que les permita llevar a sus cajas de caudales suficiente dinero para el cobro de sus honorarios de presidentes, secretarios, etc., y hacer elecciones que les permitan concejales y diputaciones.

Cordoncillo muy bien le ha servido a Barrio para ahorrarse—pues la antisolidaridad por ellos mostrada en los momentos de lucha de la Sección Catalana contra las poderosas Compañías, retratan de cuerpo entero a dichos señores, puesto que, basándose en su propio credo socialista sabían muy bien que los obreros cuando van a la huelga siempre tienen razón, y quitarles fuerza moral en los momentos de lucha,— fuerza moral que tienen derecho por el sólo hecho de pertenecer a la Federación— eso no lo hacen más... que los socialistas.

El negro borrón que el Comité Barrio-Cordoncillo ha echado sobre las reivindicaciones de los ferroviarios catalanes caerá como balcón de ignominia en la historia del partido socialista español.

J. CABEZA

### Evolución del socialismo

Actualmente, lo que quizá admira más al extranjero que visita Bélgica, es el esfuerzo cooperativo.

El belga tiene el amor de las sociedades y de los cortajes que los socialistas han organizado para marchar hacia el poder. La Casa del Pueblo es, en verdad, el fortaleza, el arsenal y el foco intelectual del partido.

Mas he aquí lo que se ve y lo que no se ve. Con sus salas de lectura, de café, de restaurant, de espectáculos, orquestas, cursos nocturnos y conferencias, las Casas del Pueblo no se diferencian mucho de los Centros burgueses. En realidad, son casas de comercio que giran bajo la razón social Casa del Pueblo.

Cuando se examina el movimiento del socialismo en Bélgica, se nota en seguida que está completamente mercantilizado. Es inseparable el socialismo del corporativismo y éste del cooperativismo.

¿Qué es el cooperativismo sino comercio? ¿Y el comercio, tanto cooperativo como socialista, puede ir desligado del capital?

En Bélgica, país de las asociaciones, socialismo y capital ya están asociados. Las cooperativas con su razón social colectiva, y se puede decir que la cooperativa, no es otra cosa que una forma vulgar de la sociedad anónima capitalista.

Desde luego, dividido entre la eficacia y el doctrinarismo de las cooperativas, el partido socialista ha acabado por admitirlas. En ellas encuentra recursos para su organización y propaganda, y medios de lucha. También las utiliza para hacer prosélitos. «Las cooperativas—ha dicho M. Vandervelde—son la espina dorsal del socialismo».

Las Casas del Pueblo están con verdaderas bancas del partido, depósitos de mercancía y banderines de enganche.

Por medio de las cooperativas, los socialistas han impuesto el sistema de hacer los dividendos por el mismo patrón que lo hacen los comerciantes ricos. ¿Puede verse en ellas la primera etapa de una transformación progresiva y pacífica de la sociedad capitalista, el embrión de una forma de federalismo económico que contenga todos los servicios de producción y circulación? Esto sería pedir demasiado al cooperativismo.

De llegar a efectuarse esta transformación, estamos aún muy distantes de ello. Pero entretanto, si no esa, no deja de efectuarse otra transformación, que es la del socialismo. Bajo el esfuerzo cooperativo, los que dirigen el socialismo propenden cada vez más a ser comerciantes; y, cuando se es comerciante, difícil es no tener alma de tal.

ENRIQUE CHARRIAUT

## Sobre el Congreso Antituberculoso

Dada la circunstancia de haber tenido lugar en esta ciudad un Congreso Internacional contra la tuberculosis, creemos moralmente obligados a dar nuestra modesta opinión acerca del mismo.

Como es natural, nos abstendremos de internarnos en los extensos e intrincados campos de la ciencia, por la sencilla razón de que nos cabe la más perfecta convicción de que, por virtud de nuestra condición de proletarios, esto es, de víctimas de la infame detención de que hemos sido objeto en todos, absolutamente en todos los órdenes de la compleja vida social, nos hallamos muy lejos de poseer los conocimientos científicos indispensables para poder arriesgarnos en una marcha, por corta que sea, por la laberíntica senda de las disquisiciones científicas.

Muy respetuosos con todo lo que se halla íntimamente ligado a la excelsa ciencia, habremos de cuidarnos muy mucho de ponernos en el delicado trance de poder llegar a menoscabar en lo más mínimo sus elevados, sus augustos designios.

Quede la inmixción en las lindes de lo científico, para aquellos que, motivada o inmotivadamente, gozan de la al parecer, honrosa y halagadora prebenda de eminentes.

Nosotros, que creemos no hallarnos contaminados de esa perniciosa fatuidad de la farandulería suelo intelectual, que no vacila en autotribuirse los más enaltecedores calificativos, las más ditirámicos exaltaciones, queremos hacer dejación de todo lo fastuoso, de todo lo exhibicionista, y hacer profesión de humildad y de sencillez.

Y, consiguientemente, a guisa de sencillos y de humildes hemos de obrar, teniendo especial cuidado en no extralimitarnos en lo más mínimo, en no rebasar el radio de acción asignado a nuestras modestas funciones.

Hablemos, pues, del reciente Congreso Antituberculoso, pero limitándonos, como antes decíamos, a su parte social.

Dicen que ha tenido grandísima importancia. Como esto mismo se afirma, invariablemente, cada vez que tiene lugar un acto de este género—aunque luego su parte práctica, de resultados positivos, tangibles, no parezca por ningún lado,—será cosa de creerlo a pies juntillas, sin la menor objeción.

Se trata de hombres de ciencia y constituiría un grave sacrilegio el no dar inmediata e indiscutible acogida a la categorica aseveración de esos hombres. Sólo que las aseveraciones, de cualquier especie y grado que ellas sean, adquieren, en los tiempos que corremos y en boca de muchos individuos que se creen unidos de una intangible autoridad, una suprema elasticidad. Queremos decir que to lo es según el color...

¿Dicen que ha sido de suma trascendencia? ¿En qué se fundarán los que tal afirman? ¿Quizá lo ligaran amparados en la enorme concurrencia de congresistas?

En verdad que les asiste una gran razón, si el número es halla en relación directa con el objeto deseado.

Nada menos que alrededor de novecientos individuos consagrados al estudio de la terrible plaga que diezma a la humanidad son los que se han congregado en esta hermosa ciudad, en el camino conducente a la pronta extirpación de esa tremenda plaga que tan implacablemente se ciernen sobre la humanidad doliente.

Si esos novecientos sedicentes hombres de ciencia se hallasen poseídos de una gran dosis de desinterés, y laborasen en beneficio directo de sus semejantes, ¡qué obra más colosal la que podrían realizar!

Si dejaran a un lado los infinitos escrúpulos sociales que atenazan sus conciencias, ¿no creen que habrían de llevar a cabo una obra inmensamente más provechosa para la sociedad de que son parte integrante, que la mezzquina—suponiendo con su estrecho criterio en—que realizan con su estrecho criterio en esos periódicos y rimbombantes Congresos, impropriadamente llamados solemnes, cuya solemnidad se reduce, en la inmensa mayoría de los casos, a una vana ostentación del egoísmo humano, personificado en lo que se ha dado en llamar ciencia oficial?

Congresos y más congresos. Derroche inmenso de ciencia codificada, de ciencia estancada, de ciencia albergada en los corabros de los usufructuadores, por no decir de los detentadores de los gozos del intelecto.

Y todo ello, ¿para qué? Sencillamente, para el personal enriquecimiento; para el eterno juego de brillantes palabras, de frases grandilocuentes, de monumentos oratorios de intensas sugestión que nada dicen, que nada práctico realizan, que nada ponen de manifiesto, si no la grandísima superchería de los de arriba, de los mangoneadores de la cosa pública, y la imbecilidad y la abulia cerebral y energética de los de abajo, de los soportadores de la eterna farsa social que desde tiempo inmemorial viene representándose, con ligeras variantes, en el inmenso escenario de esta absurda sociedad.

En una palabra, la eternización de la mentira y de la farsa por medio del escamoteo oficial y a expensas de la imbecilidad reinante. ¡Qué deliciosos esta vital ¡Y pensar que hay tanto descontento en el mundo! ¡Habría imboiles!

A buen seguro que no los hay en esta coqueta ciudad, en esta palaca amparadora de la realza y de la aristocracia españolas, que acaba de tener el inmenso orgullo de constituir—con el grandioso Congreso de marras—la más saliente actualidad mundial del presente año.

No puede haberlos en una ciudad en la que, durante una semana, no se ha hablado más que de ciencia. Ciencia por todos lados. Ciencia social a torrentes. Diríase que de las montañas circunlautes ha descendido, arrollador, un inmenso alu-

vión de ciencia, que ha saturado las mentes de todos los moradores de esta privilegiada capital.

De hoy más, no existirá la miseria. El problema de los problemas se ha resuelto felizmente.

Es que no en vano se han desvelado los novecientos obreros de la inteligencia que han sido nuestros huéspedes durante una septena de días. Al abandonarnos, habrán podido exclamar, radiantes de felicidad, plenos de satisfacción:

—He ahí nuestra obra; he ahí el punto sazonado de las elucubraciones científicas de novecientos semejantes vuestros que, abandonando las delicias que les brindaba un plácido y aseado verano, han preferido venir en peregrinación científica a esta ciudad, con el exclusivo objeto de dejar definitivamente asentada la felicidad de todos los seres. ¡Llor inmenso a la inmensa ciencia reconcentrada en nuestros poderosos cerebros!

¡Volvamos al asunto. Hablemos del Congreso. Como es sabido—pues así acontece en casos de esta índole,—las reuniones de estos Congresos suelen ser privadas. Es decir, que no tienen acceso a las mismas más que los señores congresistas. Así es que las deliberaciones no trascienden al público.

Pero aparte de esas reuniones, que llamamos profesionales, suele celebrarse una serie de conferencias públicas, que corren a cargo de las principales eminencias que concurren a aquel solemne acto.

Y, como es natural, de estas conferencias si nos es dado hablar a los profanos en materia científica.

Del desempeño de esta misión—las conferencias—hallábanse encargadas algunas de las más preclaras notabilidades de la ciencia médica española. Los doctores Fernández Carracedo, Martín Salazar, Iranzo, Royo Villanoya, Moliner, Malo de Poveda, Codina y Castellón, Queralto, y algunos otros que en este instante no acuden a nuestra memoria. Todos ellos, como es de fama poco menos que universalmente reconocida.

¿Y qué nos dijeron esos eminentes representantes de la ciencia patria? Pues, salvo rarísimas excoepciones—cuás sea la única la del simpático y sincero doctor Queralto,—nos dijeron lo de siempre. Un amasijo de palabras completamente ininteligibles, que no tienen más existencia, más realidad que la que pueda proporcionarles la rapidez de su exposición.

La conferencia del doctor Fernández Carracedo fué sencillamente una hermosa oración, un soberano alarde de intelectualidad, pero nada más. Ausencia completa de ciencia social. Abandono completo del punto trascendental en el magno problema de la tuberculosis. En fin de cuentas, palabras, palabras y palabras.

Saludamos en el señor Fernández Carracedo al hombre de vasta cultura, de profundos conocimientos científicos, pero, bien a pesar nuestro, no podemos hacer lo propio con respecto al sociólogo. Lo sentimos profundamente, no por él, como es de suponer, sino por la humana colectividad.

En cuanto a los demás—excoepción hecha de Queralto,—valdrá más no mentarlos para nada. ¡Qué digo! Se me olvidaba la eminente figura del insigne doctor Royo Villanoya.

¿Sabéis lo que nos dijo este profano en pozo de ciencia? ¡Agarraos, queridos compañeros! Después de una sarta de vaciedades sin fin, nos preconizó, para la extirpación de la tremenda plaga cuyo estudio había reunido a tanto hombre de ciencia, nos preconizó, repito, la inscripción en caracteres imborrables, en lo más profundo del corazón y de la conciencia de las grandes enseñanzas encerradas en el evangelio. Cristianismo a todo pasto.

He ahí la moderna solución científica, lanzada a todos los vientos por uno de los pocos hombres de ciencia,—¿le concedemos esta gracia?—que aun creen en la tan decantada cuanto absurda compatibilidad entre la religión y la ciencia.

Aun otro olvido imperdonable. El del famoso doctor Moliner, popularmente conocido con el nombre de «el de los cien millones».

Este bondadoso doctor, terne que terne, esperarlo el maná del Estado en forma de millones extraídos de los presupuestos suministrados por el paciente pueblo. ¡Qué le vamos a hacer! Respetarle, conociendo su buena fe y su rectitud de conciencia. Algún día verá la inutilidad de sus esfuerzos.

En cuanto al doctor Queralto, no podemos menos de reconocer, a fuer de imparciales, que, para los que tienen recta conciencia de sus actos de ser pensata, ha sido el único que ha dado, sin ambages ni rodeos, en la clave del asunto.

Al igual que lo hizo en el anterior Congreso de Barcelona—consúltese el hermoso folleto con el tenor de su magnífica conferencia en aquel Congreso,—puso soberanamente de manifiesto la imbecilidad de los actuales medios de propaganda—oración de sanatorios y demás psalvos sancionados por los reformistas de toda especie—para la extirpación de la tremenda plaga que corroe las entrañas de esta estúpida sociedad.

Demostó, irrefutablemente, que la solución radica en una honda transformación de la misma.

Yo no sé qué tal les sabría todo esto a sus compañeros de profesión; lo que sí sé es que a los conta los proletarios que tuvimos el placer de escucharle—pues ha de saberse que el salón, que momentos antes durante la conferencia del señor Martín Salazar, estaba completamente abarrotado, quedó poco menos que desierto en el instante de explicar la suya Queralto,—nos supo, como suele decirse, a gloria. Guardamos bien recuerdo de ella.

Estas son, como ven, mis ligeras impresiones sobre el famoso Congreso recientemente clausurado.